

paz, y audaz y decidido en las duras contiendas. El Chile que se alimentaba bien y estaba dispuesto siempre a cantar su alegría y su salud. Que tenía un alma transparente y dichosa. Y Lillo al cantar esa etapa fuerte y luminosa de la vida chilena, es también como un claro símbolo de esa época que comenzamos a evocar con un poco de secreta nostalgia.—LUIS DURAND.

<https://doi.org/10.29393/At182-19VVLD10019>

VIENTO VERDE, relatos de *Hernán del Solar*.—Ed. Ercilla. Santiago, 1940.

Conocíamos a Hernán del Solar, como fino catador de valores literarios, sobrio, medido y certero en sus juicios. Este «Viento Verde», que acaba de lanzar a la circulación la Editorial Ercilla viene, pues, a ser su debut en el arte de la creación literaria, en las que confirma sus condiciones de excelente prosista y de hombre de decidido buen gusto. El volumen que comentamos contiene siete relatos, escritos en un tono tranquilo, sin exaltación y que no obstante consigue sugerir en la sensibilidad del lector el recóndito encanto de aquellas cosas que quedan en la penumbra hábilmente insinuadas, en el curso del relato, y a las cuales el autor no quiso agregarles el detalle concreto y preciso que distingue al escritor que va derechamente al objetivo.

Hernán del Solar es un poeta. Un halo sutil de ensueño flota sobre sus páginas. A ratos da la sensación del desencanto que experimenta anticipadamente el hombre a quien no interesa mayormente el resultado que pueda tener un incidente, frente al cual lo pone la vida. Sus narraciones surgen de su mundo interior, no precisamente de una realidad netamente objetiva. En el «Viento Verde», que es el relato que le da el título al libro, lo demuestra claramente. La realidad la extrae

de todo aquello que la hace imaginar un cuadro que hay en su casa. Aquellos seres que tienen una existencia extática dentro de la expresión pictórica, cobran en la mente de Hernán del Solar, vida real y animada. Echan a andar por el mundo, tienen un alma, un nombre, un anhelo, un movimiento vital. El lector no sabe cómo, de pronto también se traslada a esa realidad y asiste a ella vivamente interesado. Oigamos lo que dice:

«Recuerdo con toda claridad que habría llorado, si mis ojos contraídos con fuerza, mis dientes apretados con ira, mis manos crispadas con resolución, no hubieran combatido el llanto. Allí tenía el bello Viento Verde, con el escocés que cantaba, el negro Tanganyika, Cocoroco o Camerón, con su acordeón y sus tatuajes, y el español sentado sobre las cuerdas, escuchando.

«Era un hermoso grabado y mi padre había inventado para él una historia que seducía.

«—¿Quiénes son?—le dije—¿Qué cantan?

«Es la canción del Viento Verde, me contestó, dispuesto a encontrar en seguida una historia que se acomodara entre las dos palabras repentinas y pudiera, desde entonces, repetirse tantas veces como yo se la pidiera».

Y la historia surge de los labios del padre y encanta al niño y al lector, que se olvida que todo nace de la fantasía del pequeño que sueña frente a un grabado hermoso. Y Hernán del Solar, demuestra una curiosa habilidad para mezclar la realidad con la fantasía, a la cual sabe infundirle una seductora gracia poética.

No le interesa buscar un argumento para sus narraciones. Ellas se sostienen, por la emoción que les infunde y por la belleza de un estilo sin alardes, que en ningún momento es monótono ni recurre a frases de efecto. A ratos, por el contrario, es de una admirable sencillez, como en «Tarde de domingo». Más vago, sin ser confuso, en «Ventana hacia el río», en que

nos queda una impresión desconcertante de esa mujer que se va, así como llega, pero dejando una inquietud en el ánimo, como ocurre también en «El Vagabundo», relato que tiene un misterioso atractivo, porque el autor no explica aquello que precisamente es lo que incita la curiosidad del que lee.

Un hermoso libro, que muestra a un escritor influido por las fórmulas modernas, en la técnica de su arte literario, pero que posee un espíritu, fino y ágil, dotado de gran sensibilidad.

—L. D.